

cual otro tiempo, eco triste,
dócil á mi voz contesta.

A vuestro albergue risueño
no traigo dichas ni penas,
ni recuerdos quejumbrosos,
ni esperanzas lisonjeras;
á vivir, nada más, vengo,
á que vuestro amor proteja
mi obscuro y blando reposo,
último bien que me quedal
Despertar, bien limpia el alma,
cuando la aurora despierta,
para bendecir la mano
de Dios, que su luz le diera;
ver, bañadas de rocío,
las flores que el alba riega,
abrir sus cálices tiernos
para festejar su vuelta;
aspirar de las colinas
las selváticas esencias,
ó la frescura que vierten
las sombrías arboledas;
ver ondular á lo lejos
en las llanuras desiertas
el soplo de la mañana
perdido entre la maleza;
á la conocida fuente
llevar la mansa ternera;
soltar las cabras ariscas
entre aromáticas hierbas,
ó ver á los blancos bueyes

cuando obedientes se acercan
encorvando bajo el yugo
la poderosa cabeza;
guiar el fecundo arado;
podar la parra doméstica;
abrir paso á los arroyos
que en los prados serpentean;
y al anochecer, sentado
al tosco umbral de la puerta,
partir el pan con un pobre,
si acaso pasa por ella;
los ya fatigados ojos
cerrar con dulce pereza,
y sin pensar en mañana,
dejar tranquilos que venga;
sentir, sin contarlos nunca,
pasar, en suave cadena,
un día tras otro día,
callados, como la arena
que, grano á grano cayendo,
mide las horas ligeras;
ver en el huerto los frutos
que sobre nosotros cuelgan,
y frutos también, más dulces,
de pasión segura y tierna,
nuestros hijos cariñosos
que en sus brazos nos estrechan,
y apoyándonos en ellos,
bajar las últimas sendas,
es felicidad bastante
para quien la muerte espera.

BONAPARTE

En un escollo mísero y distante,
donde el gemido de la mar retumba,
ve en la desierta orilla el navegante
blanquear una tumba.
¿Quién duerme en tan remoto
sepulcro? Aún no ha bruñido aquellas piedras
el tiempo, y si apartáis zarzas y hiedras
veréis allí no más... ¡un cetro roto!
Nombre, ¡ninguno!.. Pero

el nombre preguntad al mundo entero
desde el Vistula frío hasta la cumbre
que envuelve en nubes el Cedar austero;
preguntad á la inmensa muchedumbre
de combatientes bravos
que enardeció su gloria;
preguntad al tropel de los esclavos
que aplastaba su carro de victoria.
Después de los dos nombres
de Alejandro y de César, que la Historia
de siglo en siglo repitió á los hombres,
ningún otro tan lejos tendió el vuelo
en las alas del rayo y la centella.
Nunca la humana planta en este suelo
marcó tan honda huella...

¡Y se detuvo aquí la planta aquella!

Aquí yace... La humilde sepultura
con tres pasos de niño está medida;
huella enemigo pie la losa dura;
y su pálida sombra entristecida
ni una queja murmura.
Zumba el insecto vil sobre la frente
que ciñó tan radiantes aureolas,
y el vencedor del mundo omnipotente,
en su fúnebre lecho, el són doliente
oye, no más, de las siniestras olas.
No temas, sombra inquieta,
que ultraje yo tu majestad callada;
jamás por el poeta
fué la piadosa tumba profanada.
No, no receles prevención injusta:
la muerte es el asilo de la gloria;
todos guardan respeto á tu memoria,
todos... excepto la verdad augusta!

Entre nubes sombrías
tu cuna y tu sepulcro se ocultaron.
Como al súbito lampo, te engendraron
las tormentas. Aún nombre no tenías,
y ya fué el mundo por tu rayo herido.
Tal el Nilo, de orígenes inciertos,
antes de ser nombrado y conocido,
desborda su raudal en los desiertos.
Hallaste toda majestad hundida;
en tierra el trono, el ara escarnecida;

la victoria te dió su inmenso hechizo,
 y acaudillando á un pueblo regicida,
 su rey la gloria te hizo.
 Un siglo audaz, indómito, triunfante,
 arrastraba en su rápida corriente
 costumbres, dioses, ley... Y hacia su fuente
 retrocedió cuando te vió delante.
 Combatiste en batalla tan reñida
 al error, que aún tu triunfo nos asombra;
 luchaste, cual Jacob, contra una sombra,
 y la sombra á tus pies cayó vencida.
 Pero, de todas las ideas santas
 audaz profanador, cuando á tus plantas
 todo lo viste ya, tomaste ejemplo
 del sacrilego impio
 que juega con los cálices del templo.
 Así, cuando decrepito y sombrío
 un siglo delirante,
 víctima de su propio desvarío,
 grito de libertad lanza anhelante,
 un héroe surge, que su frente dura
 golpea con el cetro, y lo despierta,
 y disipada la ilusión incierta,
 de nuevo el sol de la verdad fulgura.
 ¡Ah!, si el cetro usurpado
 á su dueño legítimo volvieras;
 si, el ultraje del trono al fin vengado,
 por el monarca augusto despojado
 hubieses levantado tus banderas!
 Paladin de los reyes generoso,
 más grande que los reyes todavía,
 ¡de qué esplendor tan puro y tan hermoso
 aún la gloria tu sien coronaría!
 ¡Gloria, honor, libertad! Palabras vanas
 para ti fueron siempre, nombres huecos
 cual la sonora voz de las campanas
 que repiten monótonos los ecos.
 En vano hirió ese idioma tus oídos:
 lograron sólo tu atención constante
 el choque de las armas resonante
 y del marcial clarín los alaridos.
 Cuanto admiran los hombres desdeñando,
 al mundo, que á tu antojo dominabas,
 sólo pedías el poder y el mando.

Si á tu paso un obstáculo encontrabas,
 ese era tu enemigo;
 y fué tu voluntad fatal saeta
 que va segura á la fijada meta,
 aunque atravesase un corazón amigo.

Jamás, por disipar graves enojos,
 llevaste al labio del festín la copa;
 era grata otra púrpura á tus ojos.
 Como el incorruptible centinela,
 que cuando duerme la guerrera tropa,
 el arma al brazo, vela,
 la sonrisa feliz y el lloro triste
 de la hermosura, que al amor desvela,
 sin sonreír ni suspirar tú viste.
 Sólo amabas la voz atronadora
 del cañón, el fragor de las alarmas,
 la claridad primera de la aurora
 resplandeciendo en las bruñidas armas.
 Tu mano acariciaba halagadora
 no más á tu corcel, cuando ligero,
 dando al viento veloz la crin flotante,
 rompía, en su carrera galopante,
 con duro casco el crujidor acero.
 Nada había de humano
 bajo de tu armadura. Nunca ufano
 gozaste los triunfales esplendores;
 no exhalaste una queja en tu caída.
 Sin amor, sin rencores,
 el pensamiento fué tu única vida.
 Cual águila caudal, de alas audaces,
 siempre sobre su presa suspendida,
 tuviste, nada más, una mirada
 para medir la tierra ambicionada,
 y las garras tenaces
 para asirla y tenerla aprisionada.
 La cuadriga asaltar de la victoria;
 desde ella fulminar rayos de gloria;
 mirar vencidos y á tus pies temblando
 fieros tribunos y orgullosos reyes;
 bajo un yugo, á la vez áspero y blando,
 regir, sumiso al imperioso mando,
 un pueblo que rompió todas las leyes;
 ser alma, vida, afán de un siglo todo;
 embotar el puñal de la perfidia

y la venganza, anonadar la envidia;
 conmover ó afirmar del mismo modo
 el universo, que á tu adusto ceño
 tembló, y su suerte con ansioso empeño
 jugar audaz contra el poder divino
 una vez y otra vez... ¡Cuán loco sueño!
 ¡Y ese fué tu destino!

Pero caiste de la excelsa cumbre,
 y en la roca funesta encadenado,
 viste por la enemiga muchedumbre
 roto el cetro y el manto desgarrado;
 y quiso tu Dios único, la Suerte,
 para que más tu espíritu sucumba,
 este mezquino espacio concederte
 entre el solio y la tumba.
 ¡Si hubiese yo podido
 penetrar en tu oculto pensamiento,
 cuando lejos del mundo y de su ruido,
 el recuerdo fatal del bien perdido
 te asaltaba como un remordimiento,
 y cruzando los brazos tristemente
 sobre tu pecho, al expirar el día,
 á tu ceñuda y pensativa frente
 el horror, con la noche, descendía!
 Como el pastor, que al borde del torrente,
 ve su sombra temblando sin reposo
 flotar en el raudal vertiginoso,
 tú, sobre las alturas
 de tu antigua grandeza, ya ilusorias,
 en las tinieblas del pasado oscuras
 evocabas los días de tus glorias.

Y pasar los veías, cual gigantes
 olas, que encumbran en la mar bravía
 sus crestas espumosas y brillantes;
 y halagaba tu oído su armonía
 é inflamaban tu rostro sus reflejos,
 y en pos de sus imágenes hermosas,
 para seguir su vuelo allá á lo lejos,
 saltaban tus pupilas codiciosas.
 ¡Qué cuadros! Ya en el campo de batalla
 afrontas sobre un puente tembloroso
 la tremenda explosión de la metralla;
 ya remueves la arena del desierto;
 ya se encabrita tu corcel fogoso

á orillas del Jordán ó del Mar Muerto;
 ya en el Alpe, del águila guarida,
 guías tu hueste: ya en el templo santo
 la espada ves en cetro convertida...
 Pero ¿cuál te agitó súbito espanto?
 ¿Por qué apartas los ojos, y tu frente
 cubre funérea palidez? ¿Qué triste
 aparición entre las sombras viste
 que evocaba tu espíritu doliente?
 ¿Viste ardiendo cien pueblos, y arrasados?
 ¿Viste en lagos de sangre transformados
 los campos de victoria,
 donde los ayes del dolor aún gimen?
 Pero ¡ya todo lo borró la gloria!
 No todo lo borró... no borró el crimen.

Con el índice trémulo, el coloso
 señalaba su víctima, el inmoble
 cadáver de un mancebo generoso
 tinto en su sangre noble.
 La ola que hasta sus pies lo conducía,
 pasaba, y repasaba todavía,
 una vez, y otra vez, y veinte y ciento...
 y cada vez, cual vengador lamento,
 el nombre de Condé le repetía.
 Y él, como si quisiera la siniestra
 mancha borrar, cuyo baldón le asusta,
 levantaba febril la inquieta diestra
 para pasarla por la frente adusta;
 pero fija quedaba
 la livida señal, que nada lava,
 cual sello que gravó mano suprema,
 y que á sus sienes daba
 su crimen por fatídica diadema.
 ¡Déspota inicuo! Manchará tu vida
 la sangre de tu víctima; su muda
 protesta, por los siglos recogida,
 pondrá tu genio en duda;
 y tu nombre, lanzado en curso vario,
 por la eterna disputa de los hombres,
 rebotará indeciso entre los nombres
 de César y de Mario.

Obscura y vulgar muerte
 te deparó por fin la aciaga suerte.
 Cual segador que espera su salario,

y dormita cansado en el lindero
sobre la hoz, que su diestra aún acaricia,
tú, ciñendo el acero,
marchaste á demandar premio ó justicia
al Dios que te eligió por mensajero.
Dicen que al ver llegar tu último instante,
al ver la fosca eternidad delante,
al cielo levantaste dulcemente
las miradas sombrías;
que el signo redentor tocó tu frente,
y un nombre comenzabas balbuciente,
un nombre, que acabar no te atrevas.
¡Acáballo! Ese nombre es el augusto
nombre del Dios que reina y que corona;
del Dios de amor, que si castiga justo,
magnánimo perdona.
Ese Dios, juzgador del Universo,
para el genio tendrá peso diverso.
Háblale sin temor: será tu vida,
por él, por él tan sólo, comprendida.
El siervo y el tirano
han de rendirle cuentas igualmente:
uno, del cetro que empuñó su mano;
otro, del yugo al que dobló su frente.
Su tumba se cerró: ¡Dios le ha juzgado!
En la eterna balanza
sus hazañas y culpas ha pesado.
La mano del mortal á ella no alcanza.
Nadie juzgue atrevido:
la clemencia de Dios ¿quién ha medido?
¡Quién sabe, quién, oh rayos de la guerra,
si el genio que nos pasma y nos aterra,
llenándonos de horribles inquietudes,
lo ha de contar la trastornada tierra
entre vuestras virtudes (1)!

(1) Lamartine, que escribió esta poesía en 1821, pocos meses después de la muerte de Napoleón, rectificó más adelante su párrafo final. En los comentarios á sus *Meditaciones poéticas* dice así: «La última estrofa es un tributo inmoral á lo que se llama gloria. El genio, por sí mismo, no es ni puede ser una virtud; no es más que un don, una facultad, un instrumento. No disculpa, ni justifica nada: lo agrava todo. El genio mal empleado es un crimen más ilustre: esta es la verdad en prosa»



CANTO DE AMOR

Si sonar tú pudieras, pobre lira,
como arroyo coriendo entre las flores,
como armonioso el céfiro suspira
entre los verdes ramos tembladores;
si te prestara arrullos inocentes
el pichón que acaricia á la paloma
al borde de las fuentes;
si hablastes el idioma
sin palabras ni acentos,
que los ángeles hablan
cuando entre sí, dichosos y contentos,
sus amorosas pláticas entablan;
si tu voz, halagando dulcemente
al alma que amor siente,
la meciese entre imágenes hermosas,
como al grato fulgor del nuevo día
mece las nubecillas vagarosas
el aura matinal que el cielo envía,
mientras duerme mi amada
arrullaría su tranquilo sueño
con cántico halagüeño,
tan dulce como el éxtasis profundo
que bebo en su mirada placentera,
como lejana voz, que de otro mundo
ensueño venturoso me trajera.

«Abre tus ojos, á mi anhelo pios,
le dijera, y tu amor en sus pupilas
con trémula ansiedad lean los míos;
tus miradas serenas y tranquilas
valen, para mi dicha y mi sosiego,
como el primer destello luminoso
que la perdida vista vuelve al ciego.»

*
* *

Sobre su pura frente, perezoso,
el diestro brazo inclina:
bajo su cuello el otro se doblega
con gracia peregrina:
cuando la tierna tórtola se entrega
en su nido feliz al sueño leve,
tuerce así el cuello y la cabeza esconde
bajo el ala de nieve.

Los pausados latidos
une su corazón á los gemidos
de la mar en la playa suspirando;
sus oscuras pestañas, móvil gasa,
agita el aura con impulso blando;
y me parece entonces que volando
feliz ensueño por sus ojos pasa.

¡Ángel de amor! ¡Cuán plácido y sereno
es tu sueño feliz, que absorto admiro!
¡Cuán dulce mueve el interior suspiro
los palpitantes globos de tu seno!
Así dos olas que ilumina el rayo
de la luna serena,
van á la orilla, y con igual desmayo,
expiran en la arena.

Deja que beba tu aromoso aliento,
deja que... ¿Te despiertas? Tus pupilas
inunda el resplandor del firmamento;
pero tú no vacilas:

ven tus ojos el cielo, y sin desvíos
fijanse amantes en los ojos míos.

¡Mi amor! ¡Mi dulce amor! ¡Cuán intranquilas
se buscan, se penetran, se confunden
nuestras miradas, llenas de fulgores,
y en nuestro ansioso espíritu difunden
la luz que sólo encienden los amores,

hasta que empaña tus radiantes ojos
el dulce llanto, ajeno á los enojos.
Así al brillar espléndida la aurora
suelen obscurecer sus resplandores
las lágrimas que llora.

*
* *

Habla; llene tu voz el alma mía.
Música es en tus labios la palabra.
Tiembla mi corazón á su armonía
como el sagrario que á su Dios ha oído.
Ella mi dicha labra,
y entiendo su sentido,
aunque en tu boca muera,
como el blando murmurio interrumpido
de las olas comprende la ribera.
Un fugitivo acento,
un suspiro que surge vacilante,
una sonrisa rápida, un lamento,
suenan y vibran en mi pecho amante.
Al pasar por la lira, de esa suerte
cualquier soplo del viento
en armonioso acorde se convierte.

¿Por qué les roban los flotantes rizos
de tu rostro á mis ojos los hechizos?
Permiteme apartar los bucles de oro
que ocultan mi tesoro.

¡De pudoroso fuego roja tinta
tu semblante colora!..

¿Te avergüenza el ser bella, dulce encanto?
A los rayos del sol también se pinta
de púrpura, cual tú, la blanca aurora.

¡Instinto misterioso! ¡Rubor santo!
Siempre amó la hermosura
la casta sombra y sus propicios velos:
¡no creó Dios para la tierra impura
esa hija de los cielos!

*
* *

Tus ojos son cual fuentes bullidoras
en las que el cielo retratado brilla
si las auras sonoras

los árboles columpian de la orilla;
 en su límpido espejo
 tu pensamiento, de sus lumbres suaves
 lanza fugaz reflejo,
 como las aguas hienden
 las sombras de las aves
 que en el límpido azul el vuelo tienden.
 Tu tersa frente, que ora
 muestra, ora encubre jugueteón el velo,
 es cual nocturno cielo,
 que ya esclarece la brillante aurora;
 tu boca, donde bulle una sonrisa,
 es cual onda serena
 que se repliega al soplo de la brisa,
 mostrando complaciente
 su tesoro de perlas del Oriente.
 Cual canastillas son de frescas rosas
 tus manos amorosas.
 Parece que tu planta el césped borde,
 y la gracia, esa dulce melodía,
 cual de cítara blanda al són acorde
 tus movimientos guía.
 ¿Por qué mi pecho tu pupila inflama?
 ¿Por qué mi razón turba tu suspiro?
 Cubre tus ojos, de temible llama,
 ¡ay!, cúbrelos, ó expiro.
 Dame la mano, que á mi diestra llama;
 levántate; mi brazo
 ceñirá tierno tu flexible talle,
 y unidos ambos por tan dulce lazo,
 cruzaremos el valle.

*
* *

A la orilla de un lago transparente
 una umbrosa colina
 la coronada frente,
 por ver su imagen en el agua, inclina.
 El sol, mientras los cielos ilumina,
 la dora con su rayo,
 y sus frondas flotantes
 hacen temblar con lánguido desmayo
 las brisas inconstantes.
 La vid silvestre con estrecho nudo
 el tronco de los árboles desnudo

ciñe, cuelga en sus ramos ondulantes,
 descende del collado por las faldas
 y á los ribazos da verdes guirnaldas.
 Bajo un peñasco, en la cortada loma,
 abre allí negras fauces antro obscuro,
 donde gime de amores la paloma;
 la vid, la higuera y las tenaces hiedras,
 de la lóbrega bóveda y del muro
 visten las toscas piedras;
 y un rayo de luz puro
 la ilumina con vagos resplandores.
 Conservan largos días
 frescos allí perfumes y colores
 las violetas, que buscan las umbrías;
 y en la techumbre rústica una fuente
 derrama gota á gota en nuestra frente
 lágrimas y armonías.
 Allí sólo verías
 entre los verdes velos
 las aguas y los cielos,
 y de la nave, en que veloz resbala
 el pescador, el desplegado lino,
 que vuela palpitando como el ala
 del pájaro marino.
 Sólo escucharas la ola pasajera
 cual beso prolongado
 gemir en la ribera;
 el murmurio fugaz del viento alado;
 la voz del ruiseñor, cantor medroso
 que en su nido se esconde,
 y el suspiro del eco misterioso
 que á nuestro propio suspirar responde.

*
* *

Busquemos esa sombra, vida mía,
 hasta que apague lentos sus fulgores
 el moribundo día,
 y se cierren las flores.
 Ven, tu cielo es aquel, astro esplendente;
 ven á alumbrar su lobreguez sombría.
 Habla, ríe, suspira, canta, sueña;
 pero, al menos, que brille dulcemente
 tu mirada halagüeña
 sobre mi ansiosa frente.